

tos el reino de Persia, tan temido en Constantinopla durante siglos. Desde la muerte del terrible Cosroes II habíanse sucedido varios monarcas en el trono de Ctesifonte, barridos, apenas entronizados, por revoluciones de palacio, juguetes y víctimas a la vez de los mismos miembros de la dinastía y de sus generales. El último príncipe sasánida que subió al trono de Persia fué Isdegerdes III, nieto de Cosroes, que contaba entonces (16 de junio de 632) tan solo 21 años. Contra él se dirigió la terrible oleada de los fanáticos sectarios de Mahoma, que acudidos por el feroz y sanguinario Jalid (Khalid) se presentaron aquel mismo año en la frontera é intimaron al rey persa con candidez primitiva que eligiera entre convertirse al islamismo, pagar tributo ó presentarse á medir con ellos las armas. El resultado fué la batalla de Obolla en que la pericia del jefe árabe y el valor impetuoso de los suyos alcanzaron una victoria decisiva, la primera de la larga serie que consiguieron en su carrera irresistible que los llevó á los últimos confines del vasto imperio de los Sasánidas. En el mes de marzo del año 637 libróse la sangrienta batalla de Cadesia, hoy Cader, al Sur de Cerebela, que duró tres días y en la cual el jefe árabe Saad derrotó completamente al ejército persa. Esta victoria decidió la suerte de la Persia y del interior del Oriente que quedó entregado al islam. En marzo de 637 el último Sasánida evacuó su capital Ctesifonte con sus inmensos tesoros. Esta catástrofe fué seguida de una larga serie de batallas menores, en las cuales casi siempre quedaron vencedores los califas, sobre todo en la última y mas importante que libró el rey Isdegerdes en el interior de su imperio á los invasores cerca de Nehavend en el año 640. Once años despues, en el verano del año 651 murió Isdegerdes fugitivo en el desierto de Merv asesinado por bandidos.

Cuando los beduinos de Arabia entraron en la capital persa Ctesifonte, la corte bizantina comprendió que la destrucción del imperio persa, su mortal enemigo, era tambien una desgracia para ella, porque el mismo conquistador indomable dió pronto muestras de que consideraba como mision suya continuar la guerra que durante cuatro siglos habian tenido los persas con el imperio bizantino y que en épocas mas remotas le habian hecho tambien los partos.

Es muy probable que Heraclio no diera al nuevo movimiento religioso árabe la importancia que merecia, cuando las masas fanáticas de Abu Bekr invadieron en el año 632 la Arabia romana; y al principio tuvo razon en no dársela, al notar que los sectarios de Mahoma se quedaban largo tiempo detenidos ante las fuertes murallas de Bostra. Pero llegó el fiero Jalid desde el Eufrates á Siria y al instante cambió el aspecto de las cosas. La plaza fué tomada, no se sabe en qué fecha, pero debió de ser en la primavera del año 633; porque desde entonces presentó la lucha entre los árabes y bizantinos un carácter muy grave. Los nuevos conquistadores salieron vencedores en dos batallas sangrientísimas, la de Achnadein en el mes de julio de 633, y la que con igual heroísmo por ambas partes se dió en setiembre del año siguiente en la cuenca oriental del Jordán junto al río Hieromax ó Jarmuk, que hoy se llama Chariat Mandhur. La consecuencia fué que los árabes pudieron atacar la importante plaza de Damasco que se rindió en 635 despues de una heroica resistencia de algunos meses. Con esto quedaron dueños los mahometanos de una ancha base de operaciones para extenderse por toda el Asia Anterior.

Entonces el emperador Heraclio, cuya salud delicada le impedía dirigir en persona las operaciones de campaña, debió de convencerse de la imposibilidad de defender contra los invasores la Siria, donde á la sazón se hallaba, provincia que por la raza semítica que la poblaba, así como por la disiden-

cia religiosa, se habia mostrado hasta entonces rebelde á todas sus tentativas de asimilación al imperio. Por esta razon, sin duda, abandonó en 636 el país, llevándose consigo á Constantinopla la santa cruz de Jerusalem. En efecto, los árabes, además de su increíble energía, desarrollaron una habilidad política no menos pasmosa y trataron á sus nuevos súbditos con notable moderación, haciendo con esto progresos cada día mas rápidos en su brillante carrera de conquistas. Por otra parte hallaron habituada la población de la Siria á la esclavitud, y además cansada de sus dueños los bizantinos, de sus costumbres sociales y políticas y de su fanatismo religioso exclusivista. Los vencedores eran de raza afín, y cuando tomaron en sus manos las riendas del gobierno, la población opuso poca resistencia hasta en materia de religion y adoptó en gran parte el islamismo. En 637 capituló Jerusalem, la ciudad santa, y aunque los hijos del desierto encontraron una resistencia tenacísima en la costa, así como en la Mesopotamia y la Siria septentrional, principalmente, en las plazas fuertes de Edesa, Beroe (Alepo) y Antioquia, no impidió esto que á fines del año 639 ondeasen sus banderas victoriosas en toda la Siria hasta las faldas peñascosas del monte Tauro en Cilicia, y las sierras escarpadas que limitan la Armenia meridional. Este último territorio fué despues objeto de los ataques de los propagadores del islamismo desde el año 642, con lo cual quedaron completadas sus victorias fáciles por aquel lado, extendiéndose la nueva religion constantemente aunque con lentitud y por la propaganda mas bien pacífica que militar, á excepcion de algunos períodos de nuevo empuje que de tiempo en tiempo se repitieron.

Donde los ejércitos mahometanos no tuvieron en frente pueblos indolentes y naturalmente desfavorables á los bizantinos y á su gobierno, encontraron mas ó menos resistencia, á veces muy tenaz, que dió lugar á luchas en las cuales no siempre fueron victoriosas las armas del islam; como por ejemplo en el Asia Menor, cuyas provincias estaban desde antiguo identificadas con el gobierno central de Constantinopla, y mucho mas en las provincias centrales del imperio, cuya pasmosa fuerza de cohesión resistió todavía ocho siglos á los furibundos embates de estos y otros enemigos no menos indomables, y solo cayó despues de tanto tiempo, no bajo los golpes de los hijos del desierto de Arabia, sino bajo los que le dirigieron representantes nuevos y muy distintos de la religion de Mahoma, que consiguieron entrar victoriosamente en Constantinopla y establecerse como amos en el antiquísimo imperio bizantino.

Por lo pronto y en vida del mismo emperador Heraclio, perdió el imperio, además de la Siria, todo el Egipto, principalmente por efecto de la deserción de los monofisistas indígenas, á los cuales concedieron los hábiles vencedores la libertad de conciencia y de culto en cambio de una contribución territorial moderada y del pago de una capitación. Tambien contribuyó á esta pérdida la aversión general de los pueblos de la cuenca del Nilo al carácter, régimen y costumbres greco-romanas, cuya supremacía quedó, despues de mas de diez siglos de dominio, desarraigada completamente en un solo instante. Cuando el prudente y bizarro Amru, general del califa Omar, en el mes de diciembre del año 639 entró con sus tropas en Egipto, el granero de Constantinopla, lo transformó en provincia mahometana tan prontamente, que pudo atacar ya en otoño del año siguiente á la poderosa capital griega, Alejandría, último baluarte y fortísima base de operaciones de los griegos en el valle del Nilo.

Trabajo habria podido costar en otras circunstancias á los árabes apoderarse de esta importante plaza, y mucho tiempo

habrian tenido que consumir en sitiála, antes de poder seguir sus conquistas, atendidas las dificultades formidables que habia que vencer, una de las cuales, la principal, era el fácil abastecimiento de la ciudad por mar, donde los bizantinos tenian la comunicacion libre y no disputada por nadie; pero la desgracia quiso que Heraclio que empleó todas sus fuerzas y recursos para defender y sostener á Alejandría, tan importante para los bizantinos, muriese en 10 de febrero del año 641, y que á su muerte siguiesen desórdenes y luchas dinásticas que tuvieron la capital en movimiento durante meses, y paralizaron la fuerza del gobierno central, impidiéndole en momentos tan supremos, acudir al auxilio de la segunda capital en el delta del Nilo.

El fanatismo del pueblo bizantino habia visto con manifiesta repugnancia el casamiento de Heraclio en segundas nupcias con su bella sobrina la princesa Martina. El rencor subió de punto cuando el emperador moribundo nombró, por su testamento, al hijo de su segundo matrimonio, Heraclonas, co-regente del enfermizo Constantino, hijo de su primer matrimonio, y cuando á fines de mayo del año 641 murió el joven Constantino, y se esparció en el pueblo de la capital y en el ejército la voz de que habia muerto envenenado, no hubo medio de reprimir mas el odio de que eran objeto el co-regente Heraclonas y su madre. La sublevación se hizo general; el senado de Constantinopla depuso al joven regente, y despues de haberle hecho cortar la nariz y á su madre la lengua, segun la infame práctica bizantina, los desterró á ambos, y proclamó emperador en octubre de 641 con el nombre de Constante II, al hijo del difunto Constantino, á pesar de no tener mas que doce años.

Mientras la capital estaba ocupada en estas revoluciones de palacio, la miseria en Alejandría despues de diez largos meses de sitio habia llegado á tal punto que sus valientes defensores hubieron de reconocer la imposibilidad de sostenerse por mas tiempo; y á fines del año 641 la guarnición y los habitantes mas acomodados abandonaron la celebrísima fundación de Alejandro Magno, dejando que se apoderaran de la plaza los árabes. Todos los esfuerzos que despues hizo el gobierno bizantino para recobrar á Alejandría, cuya pérdida era una herida poco menos que mortal para el imperio tanto en el concepto político, como en el militar y económico, fueron vanos; y la última tentativa, hecha en 646, no tuvo mas resultado que la expulsión de la población griega por los nuevos dueños, y el derribo que mandaron hacer de las fortificaciones del lado de tierra. Con Alejandría perdió la civilización griega su última estación en Egipto, y con ella desaparecieron los grandes centros de instrucción fundados por los Tolomeos; hasta que en nuestros tiempos el elemento griego ha vuelto á formar allí una colonia notable. Los mahometanos árabes, que entre tanto, es decir, en los años 643 y 644, habian extendido sus conquistas por el Africa septentrional hasta Trípoli, fundaron una nueva capital en el Egipto que llamaron Cáhira, y que nosotros llamamos El Cairo.

El inmenso desarrollo del islam, su fuerza expansiva irresistible, que impulsó á los ejércitos de los califas en una sola generación hasta los últimos confines conocidos del mundo antiguo, tanto en el Asia oriental, como en el Occidente, en Africa y en España, y además la reaparición siniestra de los búlgaros en lugar de los avaros, llevaron repetidas veces al imperio á dos dedos de su total ruina, tanto que mas bien que imperio pareció en tan fatales períodos un campo fortificado inmenso, ó una fortaleza gigantesca sitiada y rechazando noche y dia asaltos. Esto se vió principalmente cuando los árabes, dueños de las dilatadas costas del Mediterráneo, se acostumbraron tambien al oficio de piratas y pudieron

amenazar no solamente las fronteras terrestres del imperio en Asia y del lado de los Balcanes, sino tambien todas las fronteras marítimas del Mediterráneo, teniéndolas constantemente en jaque.

La desgracia del imperio bizantino fué que entre los descendientes del anciano Heraclio no saliera ningun talento á la altura de la situación, cada vez desde entonces mas angustiosa y precaria. Los dos emperadores que sucedieron á Constantino, que murió tan joven, no descuidaron ningun medio de defensa; pero por su carácter no podemos simpatizar con ellos. Los historiadores mas antiguos dejan muy mal parado al emperador Constante, hombre tiránico, duro, insensible é iracundo que reinó desde el año 641 hasta 668; pero estas críticas poco ó nada significan ante el tribunal de la ciencia histórica moderna, porque la animosidad de aquellos autores y críticos se funda principalmente en el fanatismo de los partidos religiosos, para los cuales Constante así como su mas piadoso hijo Constantino IV Pogonato (641 á 668) no pudieron tener defecto mas horrible que continuar siendo defensores de la teoría monotelista. Con este motivo Constante tuvo, como habia tenido su padre, un conflicto serio con el pontífice de Roma, y llegó hasta mandar prender al papa Martin I en 653, llevarle á Constantinopla y desterrarle despues á Querson en la Crimea. En cambio Constantino IV Pogonato tuvo las simpatías de los ortodoxos desde que al fin consintió que el sexto concilio ecuménico, reunido en Constantinopla desde el 7 de noviembre de 680 hasta el 16 de setiembre de 681, concilio en el cual estuvo representado el clero del Occidente por un gran número de sus miembros, condenara la doctrina monotelista con aplauso de todo el clero occidental, y de la inmensa mayoría del bizantino de todas las provincias que á la sazón formaban parte del imperio. Tanto los representantes de la Iglesia latina como los de la griega admitieron como única doctrina ortodoxa que en la persona de Jesucristo existian dos voluntades, y dos efectos de estas, sin oposición entre sí, y sin confundirse tampoco. Con esta resolución consiguió el concilio restablecer por cerca de 50 años la paz en el seno de la Iglesia.

La buena calificación que mereció el emperador Constantino por su política eclesiástica no impidió que procediera, hasta con miembros de su propia familia, á manera de los antiguos soberanos orientales, como los de Asiria y otros, deshaciéndose de los parientes que le hacian sombra; y si su padre Constante hizo matar á su hermano en el año 660 por motivos políticos que ignoramos, Constantino, calificado de mas suave, hizo cortar las narices en 681 á dos hermanos suyos que por su elevación le inspiraban temores, y no escaseaba medidas de este y otros géneros cuando le convenia aterrorizar á personas influyentes y temibles.

El joven emperador Constante en todo el tiempo de su reinado se mostró enérgico, duro é infatigable, y pocas veces envainó la espada, porque muchos enemigos asediaron sin cesar al imperio por todos lados. Los mas activos é impetuosos eran los árabes, que dueños de los puertos fenicios, pronto se hicieron corsarios atrevidísimos, como despues los turcos seldyúcidas en las costas del Asia Menor. Capitaneados por el valiente y perito Moaviyah, nombrado gobernador de Siria por el califa Otman, sucesor de Omar, que reinó desde el año 644 hasta 656, hicieron tributaria en 647 la isla de Chipre, asolaron en 648 la de Cos, en 651 á Creta, y se apoderaron en 653 hasta de la isla de Rodas, donde vendieron á un comerciante judío de Edesa el célebre coloso de bronce, que reducido á pedazos necesitó para su transporte 900 camellos. Entonces Moaviyah meditó un impetuoso

y formidable ataque contra la capital bizantina; pero al querer realizarlo en 655, quedó tan destrozada su escuadra en la batalla sangrienta cerca del Monte Fénix en las aguas licias, por la energía del joven emperador y el valor de los marinos bizantinos, que tuvo que renunciar a su empresa, y no la reprodujo porque habiendo muerto el califa Otman, levantóse en 656 en armas contra el nuevo califa Alí. Mientras los mahometanos gastaban sus fuerzas en estériles y sangrientas luchas interiores, el emperador Constante aprovechó este respiro para cuidar de los asuntos de la península balcánica, donde el elemento eslavo se estaba extendiendo poderosamente desde muchos años antes.

El emperador Heraclio había conseguido en su tiempo con hábil política una notable ventaja en la frontera septentrional europea del imperio, aunque, atendida la situación siempre difícil de este á causa de los muchos enemigos que sin cesar se renovaban para atacarle, ninguna ventaja podía ser mas que transitoria. Un jefe búlgaro, llamado Cuvrat (634-668), cuya tribu, establecida en medio de pueblos de raza eslava, entre el Dniester y el Danubio, empezaba á fundirse con las masas eslavas, acometió la atrevida empresa de sacar á su tribu de la dependencia y hacer frente á sus opresores poderosos, los avaros. Apenas lo supo el emperador Heraclio, se puso en relaciones con él, le elevó á la categoría de patricio bizantino en 635, y con esto y abundantes regalos le excitó á arrojarle sobre el enemigo comun. Los avaros, divididos entonces entre sí, no pudieron resistir la embestida de los búlgaros, á los cuales siguieron los eslavones, establecidos al Este de ellos, mientras los croatas y serbios aprovecharon por su parte esta circunstancia para atacar también á sus tiranos antiguos, que hubieron de ceder á tantos enemigos, retirarse delante de ellos paso á paso desde 634 hasta 641, y refugiarse en la Panonia.

Aunque fué grande la satisfacción que la evacuación del país por las hordas avaras causó en Constantinopla, no tardó el gobierno bizantino en convencerse de que solo se había reemplazado un enemigo bárbaro por otro, porque desde entonces empezaron á invadir el imperio las masas de eslavones que cada día en mayor número pasaron el Danubio extendiéndose irresistiblemente por la Mesia, como lo hacían los serbios por el Noroeste, y penetrando cada vez mas en el interior, no ya solamente para saquear, matar é incendiar, sino para establecerse definitivamente en aquellas hermosas y feraces provincias á costa de los habitantes y propietarios.

Al ver que estas hordas avanzaban empujándose unas á otras hacia el centro del imperio en dirección á Salónica, el emperador Constante emprendió contra ellas en el año 657 un gran reconocimiento militar y político para hacerse cargo del número, situación y demás condiciones del enemigo, y proceder despues segun mejor conviniese; pero muy pronto se convenció de que todas las fuerzas del imperio eran impotentes para volver á rechazar al otro lado del Danubio á las masas eslavonas y búlgaras. No quedó pues mas política practicable que la empleada por el imperio romano para con las tribus germánicas, á saber: obligar en cuanto fuese posible á estas tribus ó á sus jefes á reconocerse tributarios y á ponerse bajo la protección del imperio. Si el gobierno bizantino conseguía esto de las hordas eslavas, era también posible hacer que se contentaran con un territorio determinado y se fijaran en él sin desbordarse é invadir como pueblo ambulante otros distritos y provincias, que de esta manera podían defenderse mejor. Sin embargo, Constante no debió de pensar en esto á juzgar por la conducta que observó cuando en 658 el gobernador mahometano Moaviyah, despues de la batalla naval dada en las aguas de la Licia, hizo con él la paz para dirigir sus armas contra el califa Alí, segun ya diji-

mos. Constante aprovechó este período de paz, no para arreglarse con los eslavos y búlgaros, y encerrarlos dentro de límites fijos y razonables, sino para atajar los progresos de los longobardos en Italia, donde acaudillados por su rey Rotario (636-652), se habian apoderado de la importantísima plaza de Génova. Trasladóse pues Constante con las fuerzas que tenia disponibles á Italia y estableció su cuartel general en Siracusa, dando principio á una campaña contra los reyezuelos longobardos en la comarca de Benevento, pero con tan mala fortuna, que no pudo impedir que los longobardos se extendieran por el Mediodía de Italia; mientras por el Este y el Norte de Africa las oleadas mahometanas avanzaban de un modo amenazador. En tan comprometida y difícil situación murió el emperador bajo el puñal de un asesino en Siracusa en el mes de setiembre del año 668.

Igual fin habia tenido el nobilísimo califa Alí en 21 de enero de 661, y habiale sucedido Moaviyah, proclamado califa primero en Siria y Egipto donde era gobernador, y luego en todos los países sometidos al islam. Moaviyah, fundador de la dinastía omniada, reuniendo en sus manos todo el poder, dirigió otra vez las armas mahometanas contra las provincias bizantinas, enviando desde luego en el año 665 á Okba-Ibn-Naff desde el Egipto á conquistar el Norte de Africa sometido al imperio, y los territorios habitados por las tribus berberiscas independientes hasta el gran desierto y sus oasis. El avance del ejército mahometano fué lento, porque los bizantinos defendieron sus provincias con teson; pero perdieron una gran batalla cerca de Trípoli, y no pudieron impedir que en el año 670 los invasores construyeran á dos jornadas al Sur de Túnez un campamento fortificado que dió origen á la ciudad de *Cairvan*, y sirvió de base segura á sus operaciones ulteriores.

En el Este no era mas tranquilizador el aspecto político. Cuando Constante murió estando todavía en Siracusa, los ejércitos árabes dirigieron una embestida formidable hacia Constantinopla por el Asia Menor y las avanzadas de la caballería del califa llegaron hasta Calcedonia (hoy Scútari) á orillas del Bósforo enfrente de la capital del imperio. Cabalmente entonces el joven hijo y sucesor de Constante, Constantino IV, estaba ocupado en reprimir con tropas de Italia y de Cartago la sublevación de las que despues del asesinato de su padre habian proclamado un emperador á su gusto. Sofocada la rebelion y castigados los revoltosos con rigor sanguinario, fué menester volar al socorro de la capital. Hallábase Constantinopla amenazada por un numeroso ejército árabe que atravesando la Anatolia habia llegado en 669 hasta la misma Calcedonia, donde el año antes se habian presentado sus primeras avanzadas de reconocimiento, mientras una escuadra imponente procedente de la Siria penetraba en los Dardanelos para entrar en el Cuerno de Oro, y desde allí auxiliar al ejército terrestre en su ataque á la capital. Todos estos movimientos, sin embargo, se redujeron á una especie de gran reconocimiento, porque otra cosa no podían hacer los árabes ínterin no poseyeran el Asia Menor para tener cubiertas las espaldas y una sólida base de operaciones. Por otra parte la escuadra no estaba tampoco armada ni provista para una campaña de tanta magnitud. Esta deficiencia dió tiempo al emperador Constantino para hacer los preparativos de una defensa enérgica.

Estando así las cosas, el amenazado imperio ganó otro auxiliar formidable en el llamado fuego griego ó marino. Un ingeniero griego natural de Siria y llamado Calinico, fué quien inventó y enriqueció la artillería bizantina con esta arma destructora, la mas terrible que se ha conocido hasta la invención de la pólvora, y cuya composición, de sustancias muy inflamables y explosivas, entre ellas resina, azufre y pe-

tróleo ó nafta se guardó en Constantinopla como un secreto de Estado. Esta composición se arrojaba al enemigo con tubos de cobre, ó se empapaba en ella cáñamo que se enrollaba á las flechas y venablos; y como no podia apagarse una vez inflamada, ni debajo del agua, sino solamente con orin y arena, y causaba heridas espantosas é incendios inextinguibles, aterrorizó á los enemigos mas valientes, prestó á las armas bizantinas una fama nueva y contribuyó mucho á la salvación del imperio.

Cuando finalmente volvieron los árabes en la primavera del año 672 á su empresa y dispusieron un grande ataque á la capital del imperio, el gobierno bizantino envió al encuentro de su escuadra los primeros brulotes que sembraron el terror y la muerte en la escuadra mahometana. A pesar de tan poderoso auxiliar, jamás se vieron puestos á pruebas tan rudas el valor y la perseverancia de los bizantinos como en aquella guerra; porque los árabes tenían á su favor no solamente el valor impetuoso del fanatismo mas ciego, sino también el mayor número y se presentaban en masas inmensas, de suerte que cuando en 672 tuvieron que renunciar á su empresa de tomar á Constantinopla, todavía consiguieron apoderarse al año siguiente de Cizico en la Misia, y en 674 de la isla de Creta, desde cuyos puntos su escuadra dominó en adelante el Mar de Mármara y el Egeo, y pudo repetir regularmente cada verano su ataque á la capital. Entre estas tentativas fué particularmente terrible la que hicieron en el año 673, teniendo en continua angustia á los habitantes de Constantinopla con sus furiosos ataques por mar y por tierra, del lado del puerto y desde el Hebdomon hasta el castillo de Ciclobion al Sur. Los sitiadores se retiraron para volver á la misma empresa año por año con una regularidad maquina y siniestra, no obstante las inmensas pérdidas que cada vez les causaban la disciplina, el valor y las terribles armas del fuego griego de los defensores de la plaza.

Muchas dificultades encontraron también los ejércitos mahometanos en Africa, donde los diferentes elementos indígenas, cristianos griegos, romanos y berberiscos resistieron á los invasores con mucho valor, habilidad y tenacidad, á pesar de no poder contar con un socorro eficaz del gobierno central, tan ocupado en la defensa de su ciudad. Uno de los jefes defensores llegó hasta á posesionarse en 676 del campamento fortificado que los invasores habian establecido en Cairvan, y lo conservó con su gente bastante tiempo; pero todo esto no pasaba de ser una ventaja transitoria. Ninguna pérdida ni dificultad enfriaba el entusiasmo profundo y constante, ni el valor de los apóstoles guerreros del islam, cuyo arrojó crecía con los peligros, y que además con gran talento diplomático trabajaban sin descanso por suscitar contra los bizantinos en todas partes, y en la misma península, nuevos enemigos. Entre tanto sus buques barriaban el Mediterráneo en todas direcciones, y con una escuadra que salió de Alejandría, llegaron á sorprender la ciudad de Siracusa en Sicilia, cuando Constantino la hubo abandonado para volver á Constantinopla. Fué esta una expedición afortunada, porque la escuadra regresó con un rico botín.

Los pueblos eslavos, excitados quizá por agentes mahometanos, habian aprovechado la ausencia del emperador, mientras estaba sofocando la sublevación militar en Siracusa, para extenderse con nuevo ímpetu por el interior de la Macedonia y una parte de Tesalia y del Epiro, con tanta facilidad, que algunos años despues, en 675, se atrevieron hasta á atacar unidos la plaza de Salónica, el baluarte principal del imperio en toda la península balcánica. Al propio tiempo infestaban el Mar Egeo innumerables corsarios eslavos que atacaron las obras del puerto de la capital marítima de Macedonia, mientras del lado de tierra se habian reunido á la

vista de las murallas de la ciudad y del castillo, el Heptapirgion, densas masas de otras hordas eslavas que habian llegado allí con sus mujeres é hijos para apoderarse del país. Todos los esfuerzos de los sitiadores bárbaros se estrellaron contra la defensa hábilmente dirigida por el arzobispo Juan II, y el valor de los habitantes y de la guarnición, hasta que un viento huracanado destruyó la escuadra eslava. La misma ciudad heroica sostuvo con igual brillante éxito, dos años despues, en el mes de junio de 677, otro sitio que duró treinta días, contra hordas avaras, aumentadas con otras eslavas y masas errantes búlgaras.

Entre tanto se fueron cansando los árabes que sitiaban á Constantinopla, cuyos defensores destruían sus escuadras y les habian causado ya 30,000 bajas en 678; por lo cual renunciaron á su empeño. Entre las víctimas de la lucha se contaba también Abu-Ayub Ansari, que habia dado hospitalidad al profeta cuando huyó á Medina, y habia sido luego su inseparable compañero, tomando parte á su lado en las batallas de Bedr y Ohod. Este fanático murió el año 672 sin que nadie guardara memoria del sitio donde fué sepultado, hasta que el piadoso Akchem-eddin lo descubrió, muchos siglos despues y segun se dijo por revelación divina en una vision, en el arrabal Cosmidion en el extremo occidental del Cuerno de Oro, cuando los turcos se apoderaron definitivamente de Constantinopla. Dueños ya los turcos de la capital y del imperio, el sultan Mahomet II levantó sobre la pretendida tumba la soberbia mezquita en la cual desde entonces los sultanes de Turquía á su advenimiento al trono se ciñen solemnemente la espada de Osman.

Cuando los árabes renunciando al sitio de Constantinopla se retiraron, sucumbió casi todo su ejército en la marcha por el Asia Menor; y la escuadra quedó destruida en su mayor parte por una tempestad en la costa de Panfilia. Tan grandes reveses unidos á las terribles excursiones que los mardaitas, habitantes, cristianos en su mayoría, pertenecientes á la sectas monotelista del Líbano, reforzados con los cristianos fugitivos de las tierras bajas y como estos partidarios del imperio bizantino, hacían en las comarcas sometidas á los árabes, terminaron al ya anciano califa Moaviyah á hacer la paz con el gobierno de Constantinopla. Esta paz, muy honrosa para el imperio, no le dió la tranquilidad que tanto necesitaba, porque el mismo año en que sus armas, su constancia y la pericia de sus jefes, habian alcanzado tanta gloria, fué señalado por un nuevo cambio político, trascendental también en concepto etnológico, para la península balcánica. Muerto el famoso jefe Cuvrat cerca de Fanagoria en el año 668, quedó dividido el pueblo búlgaro en cinco grupos bajo el mando de los cinco hijos de aquel gran jefe. El tercero de estos hijos, Isperico, ó Asparuco como le llamaron los bizantinos, heredó la jefatura de la horda danubiana, establecida entre el Dniester y el Danubio, y penetró en el año 678 en la Dobruda y la Mesia en son de conquistador, arrojando ó sometiendo á los eslavos establecidos allí y apoderándose de las ciudades ocupadas por los bizantinos. Marchó contra estos invasores el emperador Constantino V con fuerzas imponentes, pero con poca suerte, porque despues de algunas ventajas, sufrió en 679 una derrota tan grande, que teniendo en cuenta la situación apurada del imperio se decidió á hacer la paz cediendo al jefe búlgaro todo el territorio de la Mesia que aun hoy lleva el nombre de Bulgaria y fué el núcleo de un imperio búlgaro que alcanzó poco á poco una extensión é importancia muy respetables aunque transitorias.

Contribuyeron principalmente á que se hiciese esta paz humillante las tribus eslavas establecidas en Macedonia, que irritadas contra el gobernador bizantino de esta provincia, renovaron en el año 678 sus ataques á la ciudad de Salónica